

## **DESDE AQUEL BANCO**

Como cada mañana, Julián se despertaba tan pronto como los rayos de sol se colaban por su ventana. Tampoco es que hubiera habido un solo día en que no le hubiese costado conciliar el sueño desde que había fallecido Carmina, la que había sido su mujer y compañera de vida durante casi sesenta años, así que saltaba de la cama cuando ya se había cansado de dar rienda suelta a sus pensamientos durante horas. Bueno, saltar lo que se dice saltar no saltaba, más bien cojeaba, pues el anciano ya había cumplido los ochenta y siete años, y hacía tres que había pegado un gran bajón desde que había enviudado.

A las siete de la mañana, en la casa de Julián solo se escuchaba el sonido del cazo en ebullición con el que se preparaba un vaso de leche bien caliente. Abría su pastillero y preparaba la medicación que le tocaba tomarse por las mañanas, junto a un panecillo blando de aceite y sal que era de lo poco que no le sentaba mal al estómago. Después del desayuno, el único plan que tenía el pobre hombre era bajar al parque de abajo, donde pasaba las horas muertas en un banco que ya parecía llevar su nombre.

Julian estaba muy solo. Su única hija y sus dos nietos vivían en otra ciudad por motivos de trabajo, y eran muy pocas las veces que iban a verlo salvando Navidad y otras fechas de guardar. Así, lo único que esperaba a Julián era ese banco del rincón del parque que rezumaba la vida que a él le faltaba.

Desde allí sentado, podía ver cómo su vecina de enfrente, otra mujer mayor a la que también debía pesar mucho la soledad, daba de comer a las palomas del parque. La mujer hablaba con ellas y las alimentaba con ternura. Las llamaba a cada una por su nombre y hasta parecía que estas acudiesen a su llamada. También contemplaba al niño que jugaba solo con el balón, lleno de vitalidad e ilusión, mientras se imaginaba cuánto habría crecido ya su nieto mayor y si algún día podría ir a verlo a uno de sus partidos de fútbol. Todos los lunes, venía al parque una chica joven que se sentaba en el césped junto a su bloc de dibujo y perdía el sentido del tiempo intentando plasmar en su cuartilla la majestuosidad de aquel roble que tenía frente a ella. Al observarlo, Julián recordaba la primera cita con su mujer Carmina, cuando bajo la sombra de

aquel árbol se habían cogido de la mano la primera vez mientras ambos compartían sus primeras confidencias y el principio de la que sería una entrañable historia de amor.

En definitiva, desde ese banco, Julián volvía a sentirse parte del mundo: los recuerdos con Carmina le abrigaban el corazón; los sonidos de los pájaros le devolvían la calma que no encontraba en otro lugar; el olor de las flores la energía de los niños que jugaban le devolvía un poco de la juventud que ya había quedado atrás.

Una mañana de invierno, como cada día, el anciano bajó al parque a disponerse a pasar su rato habitual en el banco de siempre. Sin embargo, algo extraño llamó su atención: un cartel enorme clavado cerca de la entrada del parque, con letras grandes y llamativas que decía:

***“AVISO: Próxima demolición del parque para construcción de un centro comercial con espacios verdes.”***

Julián se quedó paralizado y con el corazón encogido. Sus ojos recorrieron el cartel una y otra vez, incapaces de asimilar lo que estaba leyendo. Un centro comercial con espacios verdes...¿pero cómo podían sustituir la vida real de los árboles, de los niños corriendo, del roble bajo el que él y Carmina habían compartido sus primeros momentos, por parterres artificiales y jardineras calculadas? La paradoja le resultaba dolorosamente absurda: iban a destruir la naturaleza auténtica para crear otra que solo sería un simulacro, un intento frío de imitar lo que ya existía.

Se sentó de golpe en su banco, sintiendo un vacío inmenso en el pecho al recordar cada rincón del parque. Todo aquello que le daba vida y conectaba con Carmina, con sus recuerdos, con la gente que lo rodeaba...todo iba a ser destruido. El anciano, devastado, volvió a casa decidido a escribir al Ayuntamiento para luchar por su refugio. Entonces, tomó papel y bolígrafo, y con las manos aún temblorosas escribió lo siguiente:

*Estimado Ayuntamiento,*

*Mi nombre es Julián y soy vecino de esta ciudad desde hace ochenta y siete años. Me dirijo a ustedes con profundo respeto y, a la vez, con gran preocupación, tras*

*enterarme de que nuestro parque va a ser demolido para construir un centro comercial.*

*Les ruego encarecidamente que desestimen esta iniciativa. No sé si soy capaz de explicar con palabras lo que para mí significa este parque, pero no tengo otra que intentarlo. Este parque no es solo un espacio verde; es una guarida que me cobija cada día, que me calma la tristeza de la soledad en la que me hallo y que me sosiega en este duro proceso de la vejez en que a uno cada vez le va quedando menos. Este parque es también memoria, pues ya a mi edad me acuerdo de pocas cosas, pero les aseguro que los recuerdos del parque en el que tantos momentos viví con mi mujer me insuflan la fuerza para seguir adelante. Desde el banco en que me siento, contemplo la inocencia y la alegría de los niños, y encuentro algo de compañía en los gestos de algunos vecinos que, como yo, también lo consideran un hogar.*

*Destruir este parque para crear “espacios verdes” artificiales resulta, para mí, una paradoja dolorosa: se arranca lo auténtico para construir lo simulado. Por favor, consideren el valor de lo que no puede medirse en metros cuadrados ni en dinero: la memoria, la historia y la vida que late aquí cada día.*

*Les pido, de corazón, que reconsideren la demolición. Permítannos conservar este parque, nuestro verdadero espacio de vida y encuentro.*

*Atentamente,*

*Julián López*

Semanas después, Julián recibió una carta del propio Ayuntamiento. Sus manos volvían a temblar mientras abría el sobre, temiendo la decepción pero albergando también la esperanza. Al leer la respuesta, sus ojos se llenaron de lágrimas:

**“Tras revisar las alegaciones vecinales y valorar la importancia histórica, social y emocional del parque, el Ayuntamiento ha decidido mantenerlo intacto. Su preservación será prioritaria y se reforzarán sus cuidados y mantenimiento.”**

Julián volvió al parque al día siguiente. Se sentó en su banco como siempre, pero esta vez con un peso menos en el pecho y un brillo nuevo en los ojos. Los niños reían, las palomas revoloteaban, el roble seguía tan erguido y majestuoso como siempre... y él

sonrió, sintiendo que, aunque la vida es efímera, el amor y la memoria pueden ser eternos cuando alguien se atreve a defender lo que realmente importa.

Desde aquel día, el parque se convirtió no solo en su refugio, sino en un símbolo de resistencia, de cuidado y de esperanza: un lugar donde lo auténtico prevalece sobre lo artificial, y donde la vida siempre encuentra un banco en el que sentarse.

**Ana María Martínez Martí**